

Un poco tarde un poco a tiempo

Se bañó como todas las noches, y empezó a preparar su cena, en silencio, en una soledad amargamente dulce, y una tranquilidad engañosa. Antes de cenar se secó el cabello, se puso crema en el cuerpo, se calzó su pijama animal print y se dispuso a comer. Se sentía rara, pensó que podría estar por enfermarse, o tal vez era su corazón que estaba dolido y la pena no la soltaba.

Encendió la tele, el silencio era buena compañía, pero a veces le recordaba sus cenas bulliciosas, llenas de risas, peleas, y ahora tan diferentes. Disfrutó la comida, lavó su plato y se fue a su habitación a leer su libro preferido "El amor en los tiempos de cólera". Le gustaba leer novelas de amor, ella siempre decía.

-Esto pasa sólo en las novelas. Creo que alguna vez soñó con un amor como los que escribe García Márquez, o Mario Benedetti... Pero en su interior sabía que era un imposible. Que sólo existen amores contrariados, egoístas, efímeros, llenos de reclamos. Por eso seguía leyendo y de esa manera vivía como suyas esas historias.

Antes de acostarse llamó a sus hijos pero ninguno le contestó, siempre hablaba con alguno de ellos antes de dormir, era una de las maneras de sentirlos más cerca, trato de no preocuparse y se acurrucó en su cama. No sentía sueño pero se dispuso a dormir...

Cuando sonó el despertador, sintió alivio, la cama le molestaba, la asfixiaba. Se vistió sin apuro, parecía que el tiempo estaba detenido, hacía cosas y el reloj parecía no moverse. Preparó su té con dos cucharaditas de azúcar como todas las mañanas, se sentó, lo bebió, lo disfrutó.

Agarró su portafolio, bajó las escaleras y enfrentó el amanecer fresco, otoñal y de luna llena. No había casi gente en la calle, era muy temprano, se cruzó en la parada con la misma gente que esperaba el colectivo como ella, los miró y ninguno se percató de su presencia, en otras mañanas había cruzado alguna mirada con alguien, compartiendo ese sueño cómplice. Pensó que el cansancio de cada uno le impedía siquiera mirarla. Subió al colectivo, no había nadie con quien conversar, entonces se puso a leer.

Ya en la escuela se sintió inquieta, sus colegas la ignoraban, sus alumnos estaban inmersos en sus tareas, en sus carpetas y parecían no notar su presencia. Pensó con un dejo de tristeza, que últimamente se sentía invisible. Su mente agitada se fue al pasado, allí tampoco era feliz, pero no era invisible para sus hijos, recordó y se vio preparando desayunos, corriendo de un lado al otro, buscándolos en la escuela, haciendo tareas, ordenando habitaciones, mochilas, secando alguna lágrima, escuchando anécdotas, abrazando y besando a cada uno antes de irse a dormir.

Toda esa rutina hoy era solo un recuerdo, vivía sola, sus hijos habían decidido quedarse con su padre, ella podía aceptarlo, pero no podía entenderlo, y cada día un dolor la perseguía, la atormentaba, la hacía morir lentamente.

Otra vez llamó a sus hijos, y otra vez no pudo comunicarse. Siguió sola en su oficina, nadie la buscó, nadie la miró, nadie la necesitó. Se culpó a sí misma,

había estado distante últimamente, evitando que la gente que conocía se diera cuenta de sus miserias, así se convenció y espero que pasara el tiempo para irse. Por suerte era viernes, pensó, la próxima semana haría un esfuerzo para recuperar su energía, su alegría, sus ganas.

Salió de la escuela, caminó lentamente hacia la parada sin apuro, sabiendo que nadie la esperaba para almorzar. En su mente y en su alma retumbaba una frase que había dicho su hijo.

-Preferiría vivir con mi mamá, preferiría vivir con mi mamá. La frase le hacía eco, resonaba, la golpeaba...soñaba que en un futuro no muy lejano su casa se llenara de vida, de desorden, de risas, pero no por un ratito, como le pasaba cuando venían de visita, no, no quería eso, ella los quería con ella. Decidió conectarse con ese deseo y se sintió mejor.

Al doblar por la esquina de su casa la sorprendió gente en la vereda, al acercarse vio a personas que conocía, qué raro pensó, de pronto vio a uno de sus hijos, comenzó a correr, preocupada, angustiada, rezaba que no le hubiera pasado nada a sus otros hijos, y al llegar nadie la vio. Nadie, nadie, escuchaba sus gritos, su llanto, su desesperación, era otra vez invisible. Corrió escaleras arriba, atropelló a la gente, nadie se inmutó...

Ya en el comedor de su hogar, fue comprendiendo lo que pasaba, se fue a su habitación y ahí se vio, se reconoció con su pijama animal print, acostada, con el libro de García Márquez tirado en el suelo.

La mirada triste de sus hijos la desgarró, la presencia de su familia y de sus amigos la sacudió, sintió que ahora el tiempo corría, la apresuraba, poco a poco se dio cuenta que no era invisible, y tarde aceptó que nunca lo fue.

Lloró, pero ya no por ella, sino por la gente amada, se arrepintió de cada segundo malgastado en egoísmos, en miedos, en dudas. Se arrepintió no haber agradecido, no haber celebrado la vida, no haber disfrutado a sus hijos de manera diferente, no haber aceptado que podía ser mamá de otra manera, ni mejor ni peor "distinta", se recriminó no haberse animado a vivir un amor como el que leía en las novelas, aceptó que sí creía en esos amores eternos, verdaderos, soñados, pero que su negación tenía que ver con el miedo. Cuánto pudo ver, ahora que nadie la veía, ahora que ya era tarde para agradecer, para celebrar, para disfrutar, para vivir, para amar...

La frase de su hijo: *"preferiría vivir con mi mamá"* se hizo eco nuevamente... qué poco pudo hacer con ella, qué mirada errada tuvo, en vez de conectarse con la esperanza, ella eligió conectarse con la imposibilidad, con la tristeza.

Tal vez fue esa frase y su no ver lo que la mató... O tal vez ya era su hora.

Se miró por última vez en el espejo de su cuarto, sonrió pesadamente, y pensó que ojalá la recordaran desde la alegría, esa que se había escondido en algún lugar y que ella no supo buscar.

Se dejó ir, pero se fue llevando consigo un poquito de sus hijos, de su mamá, de sus hermanos, de sus amigas, de sus libros... entendió que estaba completa... un poco tarde...un poco a tiempo.

